

La visita del diablo

*Marta Rivas Zivy**

Aquí nadie me oye cuando lloro, el agüita tibia me cae bien y las lágrimas, que ya son muchas, se mezclan sin que alguien lo note. Sólo en esta tinaja dejo de temblar un poco y me reanimo, afuera nomás ando pensando y pensando en lo mismo. Dicen que ya he agarrado la pesadilla por la que murió tan joven la tía Luzma, una que no la dejaba dormir en las noches y en el día la traía sonámbula. Dicen que le dio por desvariar y hablar de cosas... de pecados..., que mejor la encerraron en su cuarto pues hasta blasfemaba y ponía en mal a toda la familia. Dicen que le llevaron al cura para convencerla de que lo que decía eran imaginaciones de enferma... de pecadora. Que sus noches de fiebre y furor, de maldiciones y quejidos no eran por “las visitas nocturnas del patrón”, como ella aseguraba, sino por las del diablo que con maldad le retorció los miembros, le deshacía la cama y la dejaba afiebrada y sudorosa.

El cura, la santiguaba y la bañaba con agua bendita que para que el diablo que se refocilaba en las pobres carnes de la tía, se le saliera del cuerpo. Dicen que ni los muchos rezos ni las penitencias en cuclillas le devolvieron la razón. Que nada resultó por el tamaño de su mentira. Dejó de comer y cuando se murió se había encogido tanto que hasta la enterraron con el mismito vestido de su primera comunión.

Dicen que se me han enflaquecido las canillas pero a mí me pesan más. Sólo aquí en el agüita me recompongo un poco y hasta me siento ligera como antes. Siempre tuve piernas fuertes y hasta boni-

* Profesora-investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Dirección electrónica: rzmg2247@correo.xoc.uam.mx

tas, corría rápido y servía para los mandados y el quehacer en la casa grande. Me llevaban seguido allí para quedar bien y que me dieran algo, así mis hermanos se repartían mejor la comida. Comía hasta la llenura y a veces podía jugar con otros chamacos. Un día, la patrona me dio un vestido rebonito que para entrar a la mera casa. Me marcaba la cintura y enseñaba las piernas porque era algo rabón. Me sentía bonita y hasta me meneaba como grande. El día que entré nomás pelaba los ojos para mirar las mesas grandotas llenas de virgencitas y crucifijos, los santos colgados de las paredes y carpetas y veladoras por todos lados. Las escaleras de palo parecían tablas de marimba que sonaban distinto al subir, me gustaron reteharto. Después, me metieron en una recámara oscura y caliente que olía a tabaco y a sudor. Veía muy poco pero sabía que alguien la habitaba y estaba ahí. Él respiraba fuerte, casi jadeaba, luego desgarró la garganta y escupió. La piel se me erizó toda cuando sentí que se me subía una mirada húmeda y pegajosa. Se movió y cuando volteé para buscarle me agarró las piernas... Días después dijeron que se me había metido la misma pesadilla de la tía Luzma.

Ahora, ya me llaman y me apuran para que salga del agua. Me enjuago y seco con desgano, luego... debo ponerme el vestido rabón y no faltar a la visita.

29 de abril de 1999